

Hermenegildo Martín Cebrián
María de Gracia Arias Sánchez

Puertollano minero

Escritos, dichos, imágenes...

PANDORADO





Hermenegildo Martín Cebrián
(Puertollano, 1923-2003)

Ingeniero técnico de minas

Fotografía tomada en su viaje de
novios y dedicada a sus padres,
Hermenegildo y Antonia

16 de marzo de 1954

María de Gracia Arias Sánchez
(Puertollano, 1931-2005)

Ama de casa

Fotografía tomada en su viaje de
novios y dedicada a sus padres,
Gordiano y Juana

16 de marzo de 1954



Prólogo e Introducción al glosario:
Luis Hermenegildo Martín Arias

Revisión y corrección de textos:
Juan Manuel Martín Arias

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
EL MINERO CIEGO	25
SU ÚLTIMO ACCIDENTE	31
HISTORIA DE LA INDUSTRIA MINERA DE PUERTOLLANO. Charla pronunciada en la emisora de radio de Puertollano el día 18 de marzo de 1952	65
A la memoria de María de Gracia Arias Sánchez: PALABRAS FAMILIARES Y DEL HABLA DE PUERTOLLANO	75

PRÓLOGO

Es este, sin duda, un libro heterogéneo que contiene, además de algunas fotografías y otras imágenes, dos breves relatos literarios, una charla radiofónica y un glosario de palabras de uso familiar y coloquial.

Pretende dar un testimonio, puntual, limitado e indudablemente particular, pero a la vez, esperemos, que acertado, sobre el Puertollano minero, durante la época que va, aproximadamente, desde mediados de los años 30 hasta finales de los 70 del pasado siglo XX.

Los relatos breves fueron escritos por mi padre Hermenegildo Martín Cebrián (Puertollano, 1923-2003) en momentos clave de su vida. Uno de ellos, el más largo, *‘Su último accidente’*, lo escribió tras cuatro años viviendo en Valladolid, después de haber tenido que abandonar Puertollano con toda su familia, a finales de 1966, tras el cierre de la mina La Extranjera. El original está firmado en Valladolid, el 23 de agosto de 1971.

'*Su último accidente*' es una narración literaria, con personajes y hechos de ficción, pero también contiene, claramente, referencias autobiográficas. El autor, que era perito de minas, trabajó como director técnico en la ya mencionada mina La Extranjera, y después se trasladó a Valladolid para trabajar en la construcción, participando en la dirección de dos obras importantes iniciadas en aquel momento en el entorno del río Pisuegra: la urbanización del nuevo barrio Arturo Eyries y la construcción de un nuevo puente sobre el río, entonces llamado de la División Azul por comunicar la plaza de ese nombre con el mencionado nuevo barrio. Su biografía, por tanto, no coincide exactamente con la del personaje de ficción, el perforista Andrés; pero, en el fondo, y a lo largo de toda la historia narrada, late esa ya señalada intención autobiográfica.

En cualquier caso, pese a ser una ficción, '*Su último accidente*' recoge con bastante fidelidad, diríamos con exactitud realista o incluso naturalista, el tiempo terrible de la desaparición de la cuenca minera de Puertollano y el drama que supuso este desastre para miles de mineros y sus familias, obligados a emigrar hacia lugares situados, en ocasiones, bastante lejos del que hasta entonces había sido su hogar.

Un acontecimiento traumático, motivado por el abandono del uso del carbón como fuente de energía, tanto en la industria como en los medios de transporte y, también, y esto resultó relevante para el tipo de carbón extraído en Puertollano, en los hogares de toda España, que sufrieron un cambio de estilo de vida que hizo desaparecer para siempre aquellas entrañables cocinas de hierro fundido, sustituidas por las mucho más feas pero prácticas cocinas a gas

butano. En resumen, se trató de un golpe muy duro para la ciudad y para muchas de sus gentes.

Junto a '*Su último accidente*', se publica aquí otro relato, más breve aún, '*El minero ciego*', que está firmado en Puertollano el 1 de octubre de 1983, tras volver el autor, después de su jubilación y junto con su mujer María de Gracia Arias Sánchez (Puertollano, 1931-2005), a vivir en su ciudad natal.

'*El minero ciego*' tiene un menor, casi nulo, componente de ficción y por eso podemos decir que este texto, ya sí, es plenamente autobiográfico. Su lectura nos ofrece una especie de daguerrotipo, un somero cuadro de Puertollano en un momento asimismo horrible, en el inicio de la guerra civil; visto por un niño de 12 años que, muchos años después, evoca la que fue su asombrada mirada ante esos acontecimientos, al participar como testigo conmovido del conflicto que estalló en 1936. Todo ello con la plaza del Mercado, la calle Aduana y el Gran Teatro como trasfondo escenográfico, sobre el que se desarrollan unos sucesos dramáticos que provocaron, en quien se iba convirtiendo en adolescente, una meditación existencial sobre la maldad y la bondad del ser humano, que se concreta en la eficaz metáfora, quizá involuntaria pero bien hallada, de la ceguera del minero.

Completando esta trilogía se publica la charla radiofónica que el autor dio en la emisora local en 1952, y que previamente escribió. Se trata de un resumen, con afán divulgador, de la historia de la cuenca minera. Fue retransmitida en un tiempo aún de auge de la actividad de la cuenca, después del final de la guerra civil y antes del Plan

de Estabilización de 1959 que, al modernizar la economía española y propiciar el desarrollismo, tendría como efecto colateral la crisis del carbón en Puertollano.

En dicha intervención y pese a posibles inexactitudes puntuales o generalizaciones excesivas, propias de alguien que no era ni pretendía ser historiador, se nota que mi padre hablaba de lo que sabía y amaba; que estaba contando la historia de algo que había vivido desde niño, buscando documentar el origen de ese entorno minero de Puertollano que él conoció, y en el que su padre, mi abuelo Hermenegildo Martín Anguita, que era topógrafo, trabajó desde siempre, a lo largo de toda su vida profesional; principalmente en la Sociedad Minera y Metalúrgica de Peñarroya.

Así, junto a mi abuelo, fue como mi padre empezó a conocer siendo muy joven las labores mineras, al mismo tiempo que estudia para perito de minas en Belmez. De una de esas minas, en la que tanto mi abuelo como mi padre desempeñaron un papel importante, la mina Aurora, se ofrecen en este libro varias fotografías, de colección particular. También, en la cubierta del libro aparece un retrato al óleo de mi abuelo, en el barrio minero de Asdrúbal, fechado en 1955. El autor del cuadro fue un sobrino suyo, el pintor Luis Cebrián Blázquez (Madrid, 1937-2008), que lo pintó cuando tenía tan solo 18 años.

Además, se publican aquí varias fotografías, asimismo de colección particular del autor, de la mina La Extranjera, no solo porque fuera la primera en la cuenca carbonífera de Puertollano en 1873, sino porque en ella nació tanto el que esto escribe (en 1956) como antes su

primer hermano (Manuel Ángel Hermenegildo, en 1955, fallecido unas semanas después de nacer) y donde asimismo vino también al mundo su hermano Juan Manuel (en 1958).

Y porque en ella, en La Extranjera, la primera mina de Puertollano, fue donde mi padre trabajó, como ya hemos dicho, dirigiendo las labores técnicas en calidad de perito, hasta que tuvo que abandonar toda actividad minera, tras el cierre de esta mina como explotación de interior (luego se seguiría sacando carbón, durante unos años, mediante una explotación a cielo abierto).

En cualquier caso, creo poder decir que, al margen de su calidad literaria, la fuerza y el posible interés de estos tres textos, los dos relatos y la charla radiofónica, se encuentra precisamente en eso, en que, efectivamente, fueron escritos, y en un caso además dicho, por alguien que, como ya hemos subrayado, sabía muy bien de lo que hablaba y escribía, y que además se sentía profundamente identificado con todo lo que suponía aquello a lo que se refería: el Puertollano minero, tal y como existió durante un periodo de cincuenta años que va, más o menos, desde 1930 hasta 1980.

Por último, la segunda parte de este libro recoge un testimonio que refleja esa misma época, pero en este caso desde un caso particular de habla familiar, que no es sino un ejemplo del habla popular, tal y como aún se conservaba en aquellos años.

No pretende ser un glosario completo o exhaustivo de habla popular, ya que el criterio para incluir una palabra ha sido el recuerdo de que la hubiera usado mi madre,

María de Gracia Arias Sánchez. Así mismo, el significado que se otorga a las palabras aquí recogidas es, ni más ni menos, el que ella misma les daba en su uso coloquial y pragmático. A pesar de esta limitación, autoimpuesta, hay que subrayar que también se ha tratado de documentar el origen y uso popular de estas palabras, con todo el rigor posible. Por tanto, esta parte del libro refleja, de entrada y principalmente, la forma de decir, de hablar, de una persona en concreto, tal y como la escuchamos en vida, y no pretende ser ninguna otra cosa.

En resumen, este libro se presenta como un mosaico con diferentes piezas, cada una de un tipo o género diferente (ficción literaria, autobiografía, divulgación histórica, glosario de términos de transmisión oral y, finalmente, algunas imágenes). Se edita con la idea de que sea visto como un documento, particular desde luego, pero que además puede dejar ver, a modo de reflejo, algo de un pasado importante para Puertollano.

Aunque, sin duda alguna, este libro es, ante todo y principalmente, un homenaje a mis queridos padres, a la huella, indeleble que dejaron, en sus hijos y en el resto de su familia, así como, indirectamente, en su entorno más general. Y todo ello se pretende reconstruir a través de estas pequeñas muestras que son sus escritos, sus dichos y algunos recuerdos en imágenes, procedentes en gran parte de sus álbumes fotográficos.

Me gustaría concluir citando las palabras del filósofo Gustavo Bueno en *'El sentido de la vida'*, obra publicada en 1996: «La muerte de un individuo es la transformación de

su organismo viviente en cadáver, en sus “restos mortales”. Pero el fallecimiento de la persona no deja restos mortales: no hay “cadáveres de personas”. Las personas, tras su fallecimiento, pueden seguir actuando, incluso con mayor fuerza (...). Tras su fallecimiento las personas pueden seguir ganando batallas, como el Cid».

Estos tres textos aquí publicados han sido encontrados veinte años después de la muerte de su autor, justamente cuando se cumplía el centenario de su nacimiento (en 2023). Al revisar sus archivos personales, aparecieron celosamente guardados en una carpeta. Nunca nos habló de ellos a sus hijos, ni nadie, que sepamos, tenía noticia de su existencia. Ven la luz ahora, y es ahora cuando, con emoción retrospectiva, los publicamos.

Gustavo Bueno, en el fragmento que acabamos de citar, continuaba recordando «las palabras de Séneca en las que nos dice, dos mil años después de su fallecimiento, que no hay que temer el día de la muerte», ya que este puede ser entendido «como el momento de un nacimiento eterno: *Dies iste, quem tanquam extremum reformidas, aeterni natalis est*».

En efecto, estas sabias palabras de Séneca, que recoge Bueno en latín, insisten en decir que el día de la muerte, si bien se recuerda como el final, es en realidad el día del «cumpleaños eterno». Las personas, en tanto que tales, no mueren, siguen actuando, como nos señala esta certera forma de pensar, la de Séneca y la de Bueno, en relación con lo que supone la desaparición física individual; reconsiderada así, tan elocuentemente, desde el estoicismo.

Mis padres no han muerto como personas: están cuando se escriben estas letras, 20 y 18 años respectivamente después de su fallecimiento, ahí, en un ámbito, el de lo simbólico, que no por eso, por ser simbólico, deja de estar en conexión con lo real. Y por simbólico que cada uno entienda aquello que habite en su conciencia.

Siguen presentes en nosotros, sus descendientes directos y, a su vez, a través de esos muchos detalles sutiles, quizá no fáciles de apreciar a simple vista, que hemos transmitido a nuestros hijos, sus nietos, y que estos irán transmitiendo también a sus descendientes. Pero, más allá de su familia, estas dos personas, mis padres, de algún modo, quizá metafórico o alegórico, han dejado huellas, marcas en su entorno; rastros compartidos, por supuesto, con los que asimismo han dejado otras muchas personas que los acompañaron en vida y que, como individuos, ya han desaparecido también. Todas ellas siguen actuando, interactuando, desde su mundo en el nuestro. Y este libro pretende, humildemente, consignarlo de algún modo.

